

LA LEYENDA DE LA ISLA DE ALBORÁN

Cristóbal COLÓN DE CARVAJAL



A todos aquellos miembros de la Armada que, por razones del Servicio, han tenido una estancia más o menos prolongada en la isla.



UNQUE no todos los lectores hayan puesto sus pies en la isla, yo quiero hablarles de la dureza de los días de invierno en Alborán, que tuve ocasión de comprobar durante mi estancia en ella hace ya bastantes años.

Pocos paisajes hay más desolados que esta pequeña isla, sin árbol alguno que interrumpa la monotonía de su plana superficie y sobre la que tan solo se dan unas raquíticas plantas, aunque son auténticas heroínas por su resistencia ante el hostil ambiente salino y los rociones de las olas que en ocasiones las alcanzan. Las reducidas dimensiones del terreno, que la asemejan a un buque fondeado en medio de la mar, la hacen

difícil de avistar y solo puede lograrse cuando uno está a corta distancia. Incluso, su parecido con un buque podría ir más allá, pues algunos de los que han estado en ella manifiestan haber tenido la sensación de que la isla se mueve cuando es golpeada por las grandes olas de los temporales invernales.

Si entonces los días eran duros, la situación aún más se complicaba cuando la negra oscuridad lo cubría todo con su manto. Ese momento llegaba a medianoche con absoluta puntualidad, cuando se apagaba el motor del generador que alimentaba nuestro alumbrado eléctrico. Para esa hora, todos salvo los de guardia se hallaban en sus camas, repartidas por las diversas estancias que ocupábamos en el antiguo edificio del faro, construido en sólida piedra y que nos brindaba seguridad. Entonces cada uno se entretenía con las últimas lecturas del día en espera del apogón anunciado.

Con la llegada de la oscuridad cruzaban por la mente los recuerdos de la jornada que acababa de terminar o aquellos relativos a los seres queridos que



moraban lejos. Pero también comenzaba un momento mágico en el que cada uno alumbraba sus propios sueños, haciendo volar su imaginación cual cometa elevada a lo más alto del cielo por el viento, que ululaba en el exterior en su roce con las ásperas piedras del faro. Tristes o alegres, humildes o grandiosos, estos sueños nacían según la predisposición mental de cada uno, en una desigual mezcla de ficción y realidad. En una de aquellas noches, mientras yo esperaba paciente la llegada del sueño, nació el argumento de esta breve leyenda ambientada en tiempos pretéritos, y que ahora, cuando ya ha transcurrido mucho tiempo, me he decidido a escribir.

El siglo XVI fue una época convulsa y violenta por el choque entre dos culturas que se odiaban mutuamente por razón de sus creencias religiosas: Cristianismo e Islam. Ambas luchaban por la hegemonía y su escenario bélico principal transcurría en las aguas azules y verdosas del Mediterráneo, así como en las costas que este mar baña.

Por él navegaban, movidas por brazos esclavos, las poderosas flotas de galeras pertenecientes a ambos bandos, que se enfrentaban en batallas

sangrientas. Los turcos otomanos pugnaban por extender su imperio por toda la costa norteafricana, donde tan solo eran frenados por las naves y los ejércitos del emperador español Carlos I.

Fue el momento álgido de la piratería musulmana que, partiendo de sus numerosas bases situadas en la costa africana, batían sin descanso las costas de los países del sur de Europa. Se trataba de incursiones en las que aprovechando la bonanza meteorológica, en especial aquella de los meses estivales en los que la mar se calma hasta parecer que duerme, los piratas berberiscos asaltaban los barcos cristianos dedicados al comercio o a la pesca y que se atrevían a navegar por aquellas aguas. Su objetivo era apropiarse de las mercancías que transportaban, pero también trataban de apresar a sus tripulantes, quienes acababan siendo vendidos como esclavos, muchos de los cuales servirían como galeotes a bordo de las galeras turcas. Tan solo en casos limitados a personajes de un mayor nivel social o económico, sus familias conseguían rescatarlos tras pagar por ellos fuertes sumas de dinero. También hacían desembarcos en las costas con el objetivo de asaltar pequeñas poblaciones situadas incluso a varios kilómetros en el interior.

Si hablamos de las costas mediterráneas españolas, hay que decir que tempranamente y por encargo del rey Carlos I, a lo largo del siglo XVI se estableció un sistema de torres de vigilancia dotadas con vigías permanentes que daban la señal de alarma del peligro ante el avistamiento de velas enemigas. Para ello, encendían una hoguera de leña en la parte superior que allí mantenían para proveer la alerta temprana de las poblaciones cercanas y que comenzase la preparación de las gentes de armas para la defensa o la persecución de los atacantes. También dispusieron los cristianos de numerosas galeras y fustas repartidas por los principales puertos, dotadas de una eficaz artillería y gentes de armas, destinadas a mantener a raya y a limpiar las aguas propias de la presencia de los bajeles corsarios. Mas, a pesar de todo, con la llegada del buen tiempo, los habitantes de nuestras costas sufrían a diario sabiendo que se multiplicaba el peligro de ataques sorpresa por parte de los corsarios, aumentando con ello la intranquilidad reinante en sus hogares, en especial durante las horas nocturnas.

En aquellos años turbulentos, surcaba las aguas de nuestras costas andaluza y levantina un pirata llamado Al-Borany, cuya base de partida era el tristemente famoso puerto de Túnez, pero que había tomado como lugar de operaciones desde la que lanzar sus incursiones la pequeña isla de Al-Borany, como la conocían los navegantes berberiscos de entonces, en atención a quien la usaba para sus actividades piráticas en contra de nuestros compatriotas.

Por su situación estratégica a medio camino entre la costa africana de Melilla y la andaluza de Motril, la minúscula isleta, de poco más de seiscientos metros de larga por unos doscientos cincuenta en su parte más ancha, era el lugar ideal de espera y descanso para las tripulaciones de la pareja de fustas que constituía la pequeña flotilla que estaba bajo el mando de dicho *rais*.

Un verano, de cuya fecha exacta no queda constancia, había conseguido hacer varias presas entre los barcos españoles que navegaban a lo largo de la costa meridional española. Entre ellas, la que dio origen a nuestra historia, la captura de un pequeño patache a vela. Tras conducirlo a Alborán, nombre con el que ahora la conocemos, la embarcación quedó fondeada al socaire de la isla para proceder a su descarga. Allí la vaciaron de su contenido por medio de lanchas, que era un tanto variado, pues tenía desde quesos y aceite hasta telas tejidas con la lana de las famosas ovejas merinas españolas de la época. Precisamente, al mover unos fardos de esta última materia, apareció entre ellos una preciosa muchacha, que hasta ese momento había permanecido segura en su escondite. El caso era muy inusual, pues pocas mujeres se atrevían a navegar por aquellas aguas en época estival, conociendo el peligro que corrían de que el barco en que viajaban cayese en manos de los piratas norteafricanos.

Conducida a tierra, fue llevada a la presencia del capitán. Mientras el resto de los tripulantes eran encadenados como cautivos en espera de ser conducidos a tierra africana, Al-Borany reclamó a la joven para sí, cuestión que nadie entre sus subordinados se atrevió a discutir. Las mujeres capturadas también eran vendidas como esclavas, pero en aquella ocasión iba a hacer una excepción. Había quedado prendado de su singular belleza, lo que sin duda ofrecía una garantía para la seguridad personal de la joven.

El capitán berberisco, al contrario que otros *rais* norteafricanos, solía dar buen trato a sus cautivos, pues su espíritu comercial le dictaba que con ello conseguiría obtener mejores precios de venta en los mercados de Túnez, Argel, Bujía, Tlemcén, Salé o de cualquier otro puerto al que se dirigiera. Aunque también dejaba claro a sus enemigos que a quien opusiera encarnizada resistencia en el combate lo mataría sin contemplaciones.

Los siguientes días en la isla sirvieron para descanso de las tripulaciones, mientras esperaban el retorno de la segunda fusta, que Al-Borany había enviado a la cercana costa norteafricana para aprovisionarse de víveres y agua potable ante la ausencia total del preciado líquido, así como de cualquier otro suministro, en la inhóspita isla.

Pronto se dio cuenta la muchacha de que no tenía posibilidad alguna de escapar y de que aun siendo bueno el trato del capitán berberisco hacia ella desde el primer momento no tenía sentido alguno presentar una postura de abierta hostilidad, pues poco podía conseguir con ello sino empeorar su situación. Así que se dijo que lo mejor sería aceptar su estado con buena cara habida cuenta del trato de privilegio que se le dispensaba.

Durante tres días pasó las jornadas diurnas junto a Al-Borany, comiendo cuando el lo hacía, paseando por la isla cuando a éste se le antojaba y contemplando el mar. Entonces supo su nombre y a su vez le informó de que el suyo era Carmen. Los paseos por la isla eran muy limitados, debido a sus reducidas dimensiones y a la poca diversidad paisajística en un lugar carente de árboles y en el que las escasas plantas existentes alcanzan una altura insignificante.



Vista de la fachada sur del faro en su estado actual.

Por la noche, quedaba sola durmiendo en la tienda de su captor, ya que este lo hacía a bordo de su propio barco para estar listo para zarpar ante cualquier eventualidad que, como bien sabe todo marino, se presenta en los momentos más insospechados.

En ese tiempo, en el que cada vez se fue encontrando más a gusto con la compañía de su captor, también visitaron una gruta marina que se hallaba en el extremo oriental de la isla. Tenía una única entrada y esta era por mar. Su descubrimiento fue para la muchacha una sorpresa, pues le pareció que el propósito de Al-Borany en aquella tarde era llevarla simplemente a dar un tranquilo paseo en barca alrededor de la isla. Tan solo cuando estuvo cerca de su embocadura pudo divisar un arco de piedra de formas irregulares, que dejaba un hueco suficiente para permitir el paso de una pequeña embarcación. Mientras la barca, manejada hábilmente por el *rais*, se adentraba por aquella gruta, estrecha y de escasa altura, mantuvo su atención, pues temía golpearse la cabeza con la piedra del arco. Sin embargo, enseguida se daría cuenta de que no era necesario agacharse, ya que desde su posición, sentada en la banca, aún quedaba algo de margen desde su cabeza hasta la roca. Una vez sobrepasado el umbral, el techo se abrió formando una bóveda mucho más amplia

que cubría un amplio recinto. Este tenía una reducida superficie de agua, en la que bien entrarían tres barcas y una parte de tierra cuyo nivel ascendía desde una minúscula playita, en la cual vararon la embarcación. Dentro de la gruta había una luminosidad sorprendente e inimaginable, la luz solar se reflejaba en el blanco fondo de arena de la gruta y el tenue movimiento del agua repar-tía destellos dorados por toda la cavidad. Esta iluminación tan singular se hacía máxima en las horas centrales del día, cuando el sol alcanzaba ya el tramo final de su camino ascendente hacia el cenit, lo que se producía a la hora del mediodía en medio de un cielo esplendoroso.

Una vez desembarcaron, ascendieron por la pendiente rocosa y allí pudo ver, en un hueco separado tras una roca de grandes dimensiones, un cofre de madera y un par de barriles pequeños, que Al-Borany mostró con cierto orgullo. Su contenido estaba formado por diversos objetos valiosos. Había algunas monedas de oro y plata, junto a joyas, perlas, así como numerosos objetos de plata labrada y de otros materiales bajo forma de copas, fuentes y vajillas. En la zona más alta, cerca ya del techo abovedado de la gruta, se extendía una pequeña plataforma en la que el marino había preparado un último refugio, en previsión de un caso extremo. A ella se ascendía por una escala de cuerda, como las que se utilizan para acceder por el costado de un barco desde un bote y que podía ser retirada desde arriba. Sobre el suelo había un jergón, unas mantas, unos cabos de vela, un eslabón y pedernal para encender fuego, una caja conteniendo bizcocho, otra con dátiles y un barrilete de agua. Cuando hubieron descendido, finalmente le mostró un nuevo apartado rocoso, de reducidas dimensiones y que proporcionaba un especial resguardo, dentro de la gruta. Allí notó que el ambiente era más seco y observó que era por encontrarse próximo a una delgada grieta natural que daba al exterior sobre la superficie de la isla. Aunque imposible para el acceso de un hombre, permitía la renovación del aire del lugar, que por dicha razón había sido reservado para almacenar varios barriles de la pólvora de reserva. Se guardaban en aquel lugar seguro para ser empleados en el caso de consumir la contenida en los pañoles de a bordo a lo largo de las acciones de armas y combates a los que tenían que enfrentarse.

La llegada del bajel enviado a la costa con víveres frescos y agua decidió la partida de una nueva incursión de los berberiscos a las costas, esta vez del sur de Baleares, según escuchó Carmen. En la isla quedaría el reducido grupo de cristianos cautivos, vigilados por tres de los piratas, mientras la muchacha fue conducida por Al-Borany al interior de la gruta, con comida suficiente para los días de ausencia. Allí quedaba a resguardo de cualquier peligro.

Tras la despedida, escuchó las voces, cada vez más lejanas a la isla, que confirmaban la partida de las dos fustas berberiscas. Cuando se quedó sola en su refugio, Carmen tuvo tiempo sobrado para imaginar repetidamente escenas en las cuales los piratas asolaban las costas de Ibiza y Formentera, que era el destino anunciado por sus captores. En su imaginación veía cómo se adentra-

ban, tras un desembarco nocturno en lugar solitario, hacia el interior de la isla de que se trataba, para asaltar al amparo de las sombras las humildes alquerías donde dormían abandonados al sueño reparador tras el cansancio acumulado en dura jornada agrícola aquellos payeses de vida tranquila y austera. Imaginaba con pesar su despertar sobresaltado y cómo eran apresados, incluido aquel niño de corta edad, que era arrancado de su lecho cálido para adentrarse en la frescura de la noche junto a sus progenitores.

En la soledad de la gruta también la acometieron momentos de enorme tristeza cada vez que recordaba la imagen de su casa familiar, donde sus padres y hermanos estarían llorándola, desconocedores de lo que le había deparado su destino, mientras se lamentarían por haberla casado con el patrón de aquel patache. Pero también había momentos de tranquilidad y de cierta felicidad. Observaba cómo el sol pugnaba por meterse en su gruta a través de aquellas aguas transparentes, mientras repartía sus destellos dorados por toda la gruta con su pausado movimiento. En algún momento se decidió a introducirse en aquella agua cálida y acogedora para nadar a través del arco hasta el exterior. Nadaba bien desde joven, así que constituía un placer hacerlo en aquellas aguas mediterráneas; poco después se desplazaba por la costa cercana a la gruta.

Una mañana que nadaba y sin que ella se percatara, fue vista desde la atalaya que se levanta unos quince metros sobre la superficie de la mar por uno de los piratas que habían quedado encargados de los cautivos. La belleza de la joven y sus gráciles formas encendieron el deseo del tosco marino. A ello se unía el desprecio a su condición de cristiana, cuestiones que antepoñía al respeto a su persona como protegida de su capitán ausente.

Esa misma tarde tuvo lugar un preocupante suceso. Mientras Carmen se hallaba en la cueva meditando sobre su futuro, una sombra vino a alterar la luminosidad que entraba por la boca de la gruta. Cuando volvió la cabeza, vio el casco de una barca de remos que se acercaba. Alarmada, corrió al fondo de la cueva y trepó por la escala de cuerda que la condujo hasta la plataforma, retirándola tras su paso. Desde allí pudo contemplar cómo la barca, dirigida por uno de los berberiscos que ella reconoció al momento, accedía al interior de la gruta y varaba la lancha en la playita. A continuación el pirata recorrió el recinto interior en busca de su preciada presa. La cosa le llevó escasos minutos, debido a la reducida superficie de la misma, y no tardó en comprender que la joven se había escondido en la plataforma situada en alto, único lugar que no había inspeccionado. Al llegar a la base, la recorrió en busca de un sitio que le permitiera llegar hasta donde la cristiana se hallaba. Pero la roca era demasiado vertical y sin resaltes adecuados de los cuales valerse para trepar. Además, jugaba en su contra el hecho de que el pirata se encontraba restableciéndose de una cuchillada en un hombro recibida en el último abordaje. Al ver que le resultaba imposible, el pirata se dio por vencido y, deshaciendo sus pasos, se embarcó en la lancha y traspasó de nuevo el umbral de la

gruta, abandonando el lugar. Después de aquella tentativa frustrada, la muchacha se empezó a sentir insegura pensando que la situación podría volver a repetirse en cualquier momento y que tal vez entonces no tuviera la misma suerte. Desde aquel momento reunió en la plataforma unas cuantas piedras que bien pudiera necesitar y comenzó a portar en su cintura la gumiá bien afilada que utilizaba para cortar el bizcocho y que ahora le serviría además para defenderse.

Estuvo acertada en su suposición, pues a la tarde siguiente volvió a tener a la vista la proa de la barca aproximándose a la entrada de la cueva. También en esta ocasión tuvo Carmen tiempo suficiente para ir a esconderse en su refugio situado en alto. Desde allí, contempló la evolución de la barca varando en la playita y comprobando con preocupación que el musulmán llevaba consigo una rústica escala confeccionada con un par de delgados troncos de árbol junto a unas tablas de madera, de los que la marea arrojaba periódicamente a las playas de la isla. Cargando con ella, el pirata la acercó a la base de la pared rocosa donde arrancaba la plataforma. Una vez apoyada contra la pared, el marino comenzó su ascensión por la escala. El corazón de Carmen aceleró su movimiento y parecía que iba a salirse de su pecho, mientras el miedo la paralizaba en el fondo de su refugio. Cuando ya la mano del asaltante se movía para agarrar el último peldaño de la escalera, su ánimo se rehizo y reunió el valor suficiente para lanzarse hacia delante y descargar un golpe de su gumiá sobre aquella mano que asomaba desnuda.

Al instante escuchó el grito que brotó de la garganta del pirata, mientras contemplaba cómo brotaba el rojo fluido de la herida abierta en medio de aquella piel tostada por el sol. El fuerte dolor en la mano del asaltante fue suficiente para que este se retirara a toda prisa y tuviera que recurrir a cortar un trozo de su propia camisa para taponar la herida, por la que manaba abundante sangre. Cuando hubo envuelto la mano lesionada y rematado el vendaje por medio de un nudo para mantenerlo apretado, empujó el bote para ponerlo a flote y saltó dentro. Momentos después se perdía bajo el arco iluminado por el resplandor solar.

A partir de aquel momento Carmen perdió la tranquilidad. Siempre permanecía alerta, echando frecuentes miradas furtivas a la entrada de la gruta. Aunque ahora tenía la certeza de que antes o después se iba a producir una nueva visita; sin embargo la tensión fue bajando con el paso de las horas. Solo cuando llegaba la noche se sentía más relajada, por la confianza de hallarse segura en lo alto de la plataforma que consideraba su pequeña fortaleza, desde donde podía avistar con facilidad cualquier acercamiento, pero tendría que hacerse con una antorcha.

Transcurrieron tres nuevos días y en la tarde del último observó con sobresalto cómo la sombra de la lancha se acercaba de nuevo a la entrada. Mientras la embarcación cruzaba bajo el arco de piedra, comprobó que esta vez no era un solo hombre quien la manejaba, sino que iban dos personas a bordo. La

joven comprendió que esta vez iba a ser diferente, extremo que acabó de confirmarse cuando llegaron a sus oídos las voces amenazantes proferidas por el pirata burlado anteriormente y cuyas palabras permanecían, una y otra vez, retumbando entre las paredes rocosas de la cueva. Aquello la paralizó de terror, pues no sabía qué iba a hacer para librarse de nuevo de la amenaza que para ella suponía la presencia de los dos piratas. Pero pronto comprendió que era tan solo una cuestión de tiempo que acabara cayendo en sus manos. Mientras así pensaba, el bote avanzaba por las tranquilas aguas. Cada vez se sentía más cerca de un peligro ante el que no tenía escapatoria, pues sus enemigos ocupaban la única entrada de la cueva. Ahora veía en serio peligro su vida y su honra.

Por ello, en su desesperación, urdió un plan terrible. Esta vez no trepó por la escala para guarecerse en la plataforma como había hecho en las anteriores ocasiones, sino que se dirigió de manera decidida al fondo de la gruta. Al dar la vuelta a la gran roca, aparecieron ante su vista los barriles de pólvora. Con la ayuda de la gümia que ceñía a su cintura extrajo el tapón del primero de ellos e, inclinándolo, vertió una buena parte de su untoso contenido grisáceo sobre el irregular piso de roca. Acto seguido, empujó el montoncillo distribuyéndolo con el pie por la base del resto de los barriles, luego levantó la tapa de vidrio del fanal y acercó la llama de la vela hasta la pólvora. La explosión que se produjo fue horrorosa. La isla entera tembló desde sus cimientos y la cueva se hundió por completo, derrumbándose sobre la muchacha y sus perseguidores, que allí quedaron sepultados para siempre. La masa de rocas que formaba el recinto cayó sobre el mar, apareciendo un enorme hueco donde antes se hallaba la gruta.

Si hoy alguno de los lectores visita la isla, aún podrá observar cómo en su parte oriental se encuentra un pequeño islote, adyacente a la costa. Es fácil adivinar que en años anteriores, no hace mucho tiempo, el que hoy se conoce como islote de la Nube fue también parte de la isla. Junto a él yacen varios



Torre del Corregador. Edificio defensivo de dos plantas y forma cónica en las Salinas de Ibiza. Construido por Juan Bautista Calvi en el siglo XVI, siguiendo la disposición de Carlos I para crear un sistema defensivo con torres de vigilancia en las costas mediterráneas españolas.

grandes peñascos que antaño conformaban las paredes de la oquedad y que permanecen como mudos testigos de lo que ocurrió.

Así como hoy lo contemplamos fue como lo encontró el corsario Al-Borany a su regreso a la isla. Cuando uno de los hombres, al que había dejado en ella para custodia de los cristianos y único superviviente a la explosión, contó lo sucedido al *rais* berberisco, este no pudo contener su dolor y sin decir palabra alguna, se retiró en solitario hasta el extremo de la isla. Allí permaneció largo tiempo contemplando el hueco donde antes estaba la gruta y, según cuentan, derramó amargas lágrimas que, tras correr por su rostro curtido por el sol y la brisa marina, alcanzaron el suelo, empapando la tierra en el lugar más cercano a donde había desaparecido su amada.

Se cuenta que de aquellas lágrimas brotó el macizo de pequeñas florecillas que hoy adornan en primavera el extremo oriental de la isla, destacando con orgullo sobre las pequeñas plantas autóctonas. Próximo a ellas es donde anualmente anidan varias familias de gaviotas, que espantan con sus horribles graznidos a todo aquel que pretenda acercarse. Ellas parecen haber recibido, de generación en generación, el encargo de actuar de guardianes del lugar, impidiendo que nadie vaya a perturbar con sus pisadas el eterno descanso de aquella muchacha cristiana, amada por el pirata Al-Borany.

Si uno observa con interés y paciencia, aún podrá descubrir en algunas de las piedras los tenues trazos rojizos de aquella sangre vertida tras la explosión mezclada entre las vetas de unas rocas solitarias que bate con fuerza la mar de Levante cuando se embravece.

Vocabulario especial

Fusta: barco movido a remo y vela, de construcción semejante a una galea, solo que de menor tamaño.

Rais: capitán turco o berberisco.

Patache: pequeño buque de vela de dos mástiles dedicado al comercio.

Gumía: cuchillo de hoja curva.